VNIVERSIDAD NACIONAL
AVTONOMA DE
MEXICO

PERFILES
EDUCATIVOS
ISSN 0185-2698

Díaz Barriga, Ángel (1999)
"EDITORIAL: EDUCACIÓN Y TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA"
en Perfiles Educativos, Vol. 21 No. 83-84 pp. 2-7.

Centro de Estudios sobre la Universidad

iresie
Banco de Datos sobre Educación

Educación y transición a la democracia

México atraviesa por un proceso denominado transición a la democracia, el cual tiene una clara expresión en los resultados de la reciente elección presidencial y en la consecuente composición del Congreso de la Unión.

A la luz de este acontecimiento, resulta importante reflexionar sobre el impacto que dicho proceso puede tener para el sector educativo. Para ello, es conveniente formular algunas preguntas como las siguientes: ¿Qué significa este proceso de transición para el sistema educativo, para sus instituciones y para sus actores (docentes y estudiantes)? ¿Se puede hablar en este momento de la necesidad de reconstruir el sistema educativo? ¿Enfrentamos la posibilidad de democratizar la toma de decisiones en la educación, de ampliar el acceso al sistema? Y en todo caso, ¿cuál será la expresión que esta transición a la democracia, como apertura de la posibilidad de un futuro mejor, puede traer a la educación?

Las respuestas no son sencillas, primero porque existen avances y logros evidentes en la educación mexicana y, segundo, porque el nivel de los retos y carencias es enorme. En efecto, la detección de los mismos no puede ser neutral, ya que implica las mismas desviaciones que la formación e intereses: cada sector de la sociedad y cada especialista tiende a privilegiar algunos aspectos de la educación en detrimento de otros; la cantidad de cambios que es necesario introducir al sistema hace que cada una de las propuestas tenga su lógica y un sentido prioritario.

Ciertamente se hace necesario promover cambios profundos en el sistema educativo, cambios que se expresen con claridad en tres niveles y que a la vez guarden estrecha articulación entre ellos. Tales niveles son el sistema, las instituciones y los actores.

El cambio debe empezar por el conjunto del sistema educativo, en la conformación de las políticas, en el establecimiento de estrategias diversificadas para atender carencias que se manifiestan de manera muy distinta en una sociedad completamente estratificada, así como en los mecanismos que se

emplean para la designación de funcionarios que ocupan cargos en la conducción del sistema, tales como un director de escuela, un supervisor escolar, hasta los directores generales, los subsecretarios y el secretario, y de manera particular atender a la conformación del grupo de asesores que acompañan las tareas de gestión. Existe múltiple evidencia de que tales asesores funcionan como la eminencia gris que se convierte en corresponsable de la integración de diversas políticas que afectan al sistema en su conjunto.

Es necesario un cambio radical en el tratamiento de los contenidos de enseñanza, erradicar una cultura nacional, heredera de la de fines del siglo XIX, que abordaba todos los contenidos en forma cíclica. Con ello afirmamos que varios de los mismos temas que se estudian en la escuela primaria forman parte del currículum de la secundaria y el bachillerato y, en algunos casos, vuelven a aparecer en la educación superior bajo la perspectiva de troncos comunes. Así, temas de historia universal forman parte de la misma narrativa de escolarización en México; la química se enseña bajo los mismos códigos, y la biología se aborda como si no existiese un cambio radical en la estructura del conocimiento de esta disciplina. Encontrar en una librería de viejo libros escolares de principio de siglo, permitiría observar que tanto el enfoque para su tratamiento, como la doctrina misma de lo que se enseña se han mantenido en nuestro sistema educativo, a costa de soslayar nuevas perspectivas y nuevos contenidos en la enseñanza. Un ciudadano del siglo XXI requerirá sin lugar a dudas mecanismos de comprensión y empleo de la tecnología, los códigos que la acompañan y el desarrollo científico que es la base de tales avances.

De igual forma, el ciudadano requerirá un manejo hábil y amplio de los lenguajes: el de su hábitat —en nuestro caso, en general, el español—; el que permite mayor número de comunicaciones técnicas, científicas o sencillamente del ciberespacio —el inglés—; el que permite el manejo del pensamiento abstracto —la matemática—. Finalmente, es necesario conceder un valor importante a las ciencias sociales (historia, geografía, etc.) para comprender mejor el proceso de humanización del ser humano. Muchos otros

temas deben ocupar un lugar relevante en el currículum; deben traducirse en prácticas y no en temas de enseñanza/examen, deben ser temas transversales del plan de estudios. Entre ellos destacamos el problema de la enseñanza de los valores, educación para los derechos humanos, para la paz y la tolerancia. Todo ello resulta muy difícil en una institución como la escuela, mucho más caracterizada por su intolerancia o por su violencia hacia los sujetos, también el tema de los valores resulta complicado cuando el conjunto social proyecta una imagen distinta hacia el escolar. La educación en valores no puede reducirse a una materia.

Así, los contenidos reclaman una transformación radical en todos los niveles del sistema educativo. Urge encontrar una alternativa que articule en el ámbito de la enseñanza un nuevo enfoque de los contenidos (tener la meta de que el estudiante aprenda los avances recientes con una formación básica en cada disciplina, atender a un tratamiento que permita vincular la información sobre problemas prácticos, con problemas de orden cotidiano), a la vez que se cuente con un significativo apoyo de la tecnología (videos y simuladores de computación forman parte significativa en la construcción de conceptos del sujeto y pueden apoyar diversas etapas del desarrollo del pensamiento). La escuela, sobre todo la primaria, debe apoyarse en la televisión —hay videos que pueden tener un excelente uso educativo— y al mismo tiempo debe enseñar a ver la televisión, enseñar a descifrar sus mensajes, dedicar tiempo de aula semanal para analizar diversos segmentos de noticias que sobre el mismo tópico reflejen la perspectiva noticiosa de cadenas nacionales. También es necesario recuperar algunas prácticas pedagógicas viejas que se han considerado en desuso desde la reforma educativa de los setenta, en particular, el cálculo mental diario, las diversas formas de lectura (lectura de velocidad, de expresión, de comprensión), fomentar la habilidad para comunicarse verbalmente y por escrito. El sistema educativo debe fomentar el gusto y disfrute de la lectura. Esto obliga a transformar la concepción de la enseñanza del lenguaje y de la literatura en todos los niveles del sistema. Desarrollar habilidades de pensamiento, de razonamiento y de comunicación debe ser el eje de la escolarización básica.

En este proceso resulta imprescindible un cambio hacia los docentes y en los mismos profesores. Es urgente considerar la docencia como una profesión e impulsar desde el Estado acciones que tiendan hacia su profesionalización. Esto significa sin lugar a dudas romper con muchos arcaísmos, entre ellos, un sindicalismo que se encuentra completamente apartado de un enfoque profesionalizante, la cosmovisión normalista de los docentes, que les ha dado una identidad cerrada muy lejana a los debates de la educación y las ciencias sociales (devolver en donde se pueda la formación de profesores de educación primaria al ámbito universitario, hacer que el profesor conviva con otras disciplinas en su formación), sus condiciones de contrato (establecer un contrato por mérito, por concurso y no como complemento curricular que acompaña la inscripción al ciclo escolar), sus condiciones laborales, revisar el sistema salarial —establecer un salario profesional con derechos y exigencias profesionales—, revisar, y en su caso eliminar, la "carrera magisterial", por las inconsistencias y deformaciones que establece para los docentes en servicio. También se hace urgente revisar las condiciones generales en las que realiza el docente su labor, los espacios con los que cuenta —si se desea que puedan preparar clases, calificar y atender alumnos, requieren de un lugar en las escuelas donde tales tareas se puedan realizar, un escritorio, un librero, una computadora—, los servicios bibliográficos —inexistentes en muchas escuelas, pero indispensables para una tarea que requiere permanente actualización—. Las condiciones de trabajo de la mayoría de los docentes del país son inadecuadas. Modificar el proceso de selección de los aspirantes al magisterio y realizar una reforma estructural al plan de estudios se ha convertido en una tarea que reclama la mayor atención. So pretexto de luchar contra el teoricismo no se puede mantener una reforma curricular que omite toda formación conceptual en el docente; es necesario incorporar un mínimo de fundamentos teóricos en la formación de este profesional, tal es el caso de la psicología infantil, del aprendizaje, del comportamiento en grupo. De igual forma, urge incorporar una didáctica contemporánea que plantee los fundamentos del trabajo pedagógico y que permita dar consistencia a las diferentes

estrategias metodológicas que se pueden elegir. Por otra parte, si se requiere transformar la visión enciclopédica de los contenidos, es necesario que el futuro docente aprenda tanto los nuevos desarrollos de las disciplinas científicas, como nuevas formas de abordarlos. Asimismo, debe dominar los aspectos fundamentales del lenguaje y de las matemáticas. La generación del siglo XXI será una generación que requerirá formación científica y capacidad de emplear y desarrollar la tecnología. Esto se debe promover desde la escuela básica y mediante un nuevo docente.

Es necesario revisar la propuesta de formar al docente en cuatro años. En muchos países, aun del primer mundo, la formación del maestro se realiza en un tiempo menor. Posteriormente se pueden establecer varias opciones de educación continua para reciclamiento, pero ciertamente éstas deben desarrollarse en un esquema diferente a los actuales centros de maestros a los cuales los docentes no asisten. El sistema educativo debe entender que la transformación de la educación parte del trabajo real del docente; que no se puede transformar la educación sin transformar al maestro. Es necesario encontrar, a la vez, un mecanismo eficiente para reeducar al maestro en servicio; en este caso la eficiencia debe estar vinculada con la motivación y con la calidad académica del trabajo que se realiza.

Desde el punto de vista cuantitativo, el nuevo gobierno tiene que resolver problemas de un sistema educativo de enormes dimensiones: cerca de 30 millones de estudiantes, 220 mil escuelas y más de un millón y medio de docentes nos permiten afirmar que no es una tarea fácil de atender. El reto es mantener la unidad (la sistemática articulación de todas las acciones que emanan de las políticas hacia la educación, de la concreción de los proyectos pedagógicos en cada sistema, nivel, institución y aula) frente a la indispensable necesidad de conservar e impulsar lo singular, lo particular, aquello que es valioso y significativo para la comunidad, la institución y los diversos actores de la educación.

Toda propuesta sobre el futuro debe partir de reconocer un sistema altamente complejo y diverso, muy general y a la vez definido por lo singular,

con instituciones ubicadas en zonas de gran desarrollo, frente a instituciones con grandes carencias; un sistema simultáneamente dinámico y anquilosado. Partir de reconocer todas estas tensiones puede ser el elemento característico para planificar una estrategia de cambio en la educación.

La construcción de una propuesta educativa —reconociendo que en este texto no hemos tocado lo referente a la educación superior— requiere amplio consenso social, así como amplio consenso entre los actores de la educación. Esta tarea reclama reuniones de todos los especialistas e investigadores en educación, sin exclusión alguna, como ha sido la práctica reciente en que la mayor parte de la comunidad de especialistas ha quedado permanentemente excluida. Este consenso finalmente debe aterrizar en una gran aceptación por parte de los docentes. Son ellos los actores que hacen viables los proyectos educativos y juegan un papel determinante en la realidad posible de la educación.

La urgencia y la posibilidad de realizar cambios en la educación pueden constituirse en la necesaria aportación que la transición a la democracia debe realizar para nuestro sistema educativo, de cara al siglo XXI.

Ángel Díaz Barriga
septiembre de 2000